

Al Sr. González debemos, el primero que sepamos, el dato preciosísimo de Suárez de Peralta, de que arriba hicimos mención y que se registra en nota á su párrafo 521. Gracias mil á quien ha sabido integrar con este nuevo valor el gran precio de los antiguos pasajes guadalupanos de Bernal Díaz. Lo repetimos: nuestra causa es del cielo; esta última veintena es un manantial de descubrimientos para servir á tan filial empeño.

En cuanto á las necesidades del Dr. Mier, léase bien, necesidades; si nuestro insigne apologista no empleó su prodigioso talento en confundir la puerilidad estudiantil de que la historia de Valeriano *podiese ser* una comedia, lo que es llevar las cosas, por parte de ese fraile apóstata, al terreno no ya del católico tibio ó del jansenista, sino del incivil filosofastro ó jacobino, si nuestro insigne apologista, decimos, no sobresalió en saber vencer á un ridículo estudiante, sí supo y quiso aplastar con un potente golpe de su enérgica inteligencia á esos pintores dizque *posibles* que *pudo* haber formado Pedro de Gante para 1531, y así dice nuestro campeón:

¡Pintores *muy primos!* ¡Apeles mexicanos! Sí, hiperbólico y buen Bernal Díaz: primorosísimos artistas para ser indios de los más primitivos tiempos de la conquista, que sin educación preparatoria se comenzaron á formar; pero vulgares y de tres al cuarto entre el común de los pintores que no merecen el nombre de maestros. ¡Pintores *muy primos!* ¡Un Apeles mexicano en 1531! Fray Pedro de Gante vino á México en 1524, sin saber siquiera el idioma; se ocupó luego en aprenderlo, y después y de preferencia en catequizar indios idólatras; sin dejar esta importante ocupación, establecería su obrador ó estudio; pero ¡qué obrador! sin útiles, sin modelos, y ni aun del mismo maestro se dice que fuese un Apeles ni mucho menos. Además, los franciscanos recogían niños y jovencitos, y no es posible que ya en 1531 comenzase á aparecer en todo su apogeo el arte de la pintura, representado por una gene-

ración de adolescentes que todavía el día anterior todo lo ignoraban.» (Párrafo 538.)

Algo nos hemos extendido en pagar el tributo de nuestra admiración á este grande escritor guadalupano, que ya goza de la vista del celeste original. Nos quedan dos beneméritos campeones á quienes rendir nuestras rudas alabanzas.

## CAPÍTULO XIV.

*J. J. Cuevas.—Su amable apología guadalupana.—Algunas muestras de ese clásico trabajo de ese Bayardo mexicano.—El indio Marcos, pintor imposible.—Juicio pericial del Sr. Cuevas en conocimiento de obras de arte.—Los tres más grandes pintores encomian la santa imagen.—Ella envejece, mas no pierde su frescura.—El Viejo Sargento, su padre y Morelos.—Héroes católicos mexicanos, y su amor á la Guadalupeana.—Sublime pasaje del Sr. Cuevas.*

ENTRE los muy nobles hijos, muy beneméritos, de la Santa Iglesia Mexicana, resplandece el Lic. Don José de Jesús Cuevas. Ver á ese elegante escritor, que de cuando en cuando levanta su voz autorizada de cristiano y de sabio, entre los poderosos del mundo, regocija el corazón y es de dar gracias á Dios. Aquel que en los momentos supremos de persecución ó de lucha contra la esposa del Cordeiro, se presenta como un Bayardo á decir siempre algo que vindique y sostenga la causa del bien, la causa del Altísimo, ha sabido hablar y muy bien, en defensa de Nuestra Reina la Guadalupeana, en los días aciagos aquellos en que los apóstatas opositores de la Coronación han desplegado su procaz tiranía. Pretendieron éstos sustituir tan santa empresa con la muy exigua y profana de llevar coronas al sepulcro de uno de tantos muertos que, luego de muertos, los jacobinos llaman

héroes, á usanza de los pobres paganos, y pretendieron convertir en grave asunto de leso-estado la más pacífica de las demostraciones en favor de la Virgen Santísima de Guadalupe. En esos días vergonzosos de persecución de los apóstatas á los creyentes y creyentes inofensivos, no podía faltar la palabra de un José de Jesús Cuevas, del Bayardo mexicano, y esa palabra no faltó: su amabilísima apología titulada «La Santísima Virgen de Guadalupe.»

Ese pequeño libro es un homenaje grandioso, es como el símbolo de fe del representante de la católica y muy noble aristocracia mexicana, que protesta una y mil veces que la Aparición de María Inmaculada al dichosísimo indio Juan Diego, y su celestial Pintura en la capa de ese indio, es una verdad que ama con toda su alma. ¡Viva la igualdad católica! La blanca aristocracia mexicana y el moreno pueblo mexicano se aman mucho, y muy mucho, pues que su Madre celestial, pues que su verdadera Reina, es hermosa como una española ó también como una israelita, y es morena como una azteca, y también, y muy también, es hermosa como una azteca, sin dejar de ser blanca y amabilísima castellana; es ella una flor azteca, pero ha nacido y se complace en crecer entre las flores de Castilla.

A esas reflexiones tiene derecho nuestro siempre amable mexicano José de Jesús Cuevas, aquel, que si ha blandido su espada vencedora en defensa de las mártires Hermanas de la Caridad y en vindicación de la gloria de Dios Rey de los siglos, contra la imbecilidad del presuntuoso positivismo, se presenta triunfador, con elegante frase y profundo concepto, á demostrar-nos que es una inepticia y una incivilidad el desconocer, no lo teológico, sino aun lo científico y artístico de la celeste Aparición y de la celeste Pintura de la Guadalupeana.

Entre mucho que para honra de nuestro benemérito pudiéramos recomendar, gócese nuestros lectores en

estos pasajes que descartamos ante su vista. (Párr. XXXI, pág. 117.)

«El color de sus piadosas manos (de la Guadalupeana celestial) y hermosísimo rostro, es visto de cerca como el moreno bronceado de los indios, y á mayor distancia se le mira como de perla. Su tamaño es casi el del natural, y la imagen toda de una unción y de una dulzura inefables. La parte del pelo que deja descubierto el manto, es de color negro y le cae en modesto y sencillo aliño como á las indias nobles. Por un singular prodigio verdaderamente inexplicable, la fisonomía de la Virgen Santísima de Guadalupe en su prodigiosa imagen, sin dejar de ser judía es al mismo tiempo azteca»  
 ..... «La Santísima Virgen de Guadalupe es, pues, superior en su orden á toda obra de arte humano. No puede ser ninguna á ella comparada; ni podía en sí expresar más belleza, que la necesaria á los fines que la Santísima Virgen se propuso al obrar en favor del pueblo mexicano tan singular beneficio.»

En este punto de conocimiento y buen sentido artísticos del género pictórico, el parecer del Sr. Cuevas es de mucha importancia, porque pertenece á su alta esfera como hombre de gran versación en museos, en aristocráticos salones del gran mundo de América y Europa, del gran mundo de los reyes de la tierra, y en que nuestro Padre celestial tiene también, como en todas las esferas sociales, muy buenos servidores. Oigámosle, pues, como á gran maestro en el asunto:

«Bernal Díaz del Castillo en su «Historia de la Conquista,» hace mención con elogio como pintor, de un indio llamado Marcos. Bernal Díaz le llama buen pintor para ser indio, es decir, para no conocer el arte . . . . . «Sin más fundamento que el haber existido un indio Marcos, del cual como pintor hace mención Bernal, el P. Bustamante en el año de 1556 tuvo la temeridad de decir, que Marcos era el que había pintado la Ima-

gen de la Santísima Virgen de Guadalupe, lo que causó tal indignación y escándalo, que el Ilmo. Sr. Montúfar abrió proceso contra el P. Bustamante. En aquella época en que todavía no se planteaba en México la escuela de pintura europea, era imposible que el indio Marcos hubiese pintado un cuadro que no sólo estaba fuera de todas las reglas y tradiciones de la escuela azteca, sino también de las de la europea, y que pertenece á un orden de pintura sobrehumano por decirlo así, puesto que alcanza los efectos artísticos, no sólo fuera sino contra las reglas del arte humano y sin los medios empleados por este.»

«Si el indio Marcos hubiera pintado la Santa Imagen, esa obra le hubiera dado un renombre artístico tal, que nadie se hubiera escandalizado ni indignado, veinticinco años después, de oír atribuírsela; su nombre y sus obras hubieran sido ensalzadas por todos sus contemporáneos, y hubiera pasado su memoria á la posteridad, iluminada por los resplandores de su genio. Si la hubiera pintado, imposible sería que se ignorase dónde y cuándo . . . . . ¿Dónde estuvo la Imagen antes del 12 de Diciembre de 1531? ¿Cómo se hicieron de ella el Sr. Zumárraga y Juan Diego? . . . . . Los que la vieron pintar, los descendientes, discípulos ó amigos del pintor . . . ¿por qué no pronunciaron al menos el nombre del artífice, cuando la devoción de los pueblos veneró como maravillosa la sobrehumana Pintura?

«Decir que el indio Marcos pintó la Imagen de la Santísima Virgen de Guadalupe, no es más que una aseveración procaz y temeraria que no descansa en fundamento alguno, y que es contraria á la prueba evidente que los mismos caracteres de ella suministran de que esa maravillosa pintura tuvo un origen sobrehumano milagroso.»

Vamos ahora á dar á conocer lo supremo de la obra del Sr. Cuevas, lo triunfal de ella, lo que supera no sólo á las otras partes de ella misma, sino á todo lo que por

otros se ha escrito en cuanto á lo sobrehumano de esa Pintura bajo su aspecto artístico en todos sentidos. He aquí en su integridad ese elegantísimo pasaje, obra maestra de argumentación en materia de arte crítico-pictórico en su más elevado grado, en la más sublime de sus aplicaciones: (Pág. 127.)

«La Santa Imagen lo es evidentemente de la Santísima Virgen, y sin embargo, en ningún tiempo ni en país alguno había sido representada así. Algunos han creído que por alguna semejanza con la que bajo la igual advocación de Guadalupe se venera en Estremadura de España, se le llamó en México lo mismo: por lo que al nombre se refiere es una de las opiniones menos fundadas, y respecto de la semejanza de una y otra imágenes es opinión enteramente inexacta, pues no existe el menor rasgo de parecido entre ambas, de lo que es fácil persuadirse con sólo verlas. La maravillosa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México, no pertenece á ninguna escuela conocida ni recuerda otra imagen. Es, por decirlo así, la efigie de la Santísima Virgen transformada en azteca, y sublimando hasta el último grado que pueda alcanzar la belleza de esa raza. Sería inexplicable que á un artista humano le hubiese ocurrido pintar la imagen más conocida en el orbe, fuera de todas las tradiciones; y sobre todo que lo hubiese logrado tan cabalmente, que ninguno al verla, en el curso de varios siglos, dudase ni de que era imagen de la Santísima Virgen, ni de que era enteramente original.»

Imposible, además, le hubiera sido pintarla de una originalidad tal, que pudiese acomodarse á las ideas y sentimientos que después haría surgir en las almas, y á todas las tradiciones que más tarde habrían de consolidarse con respecto á ella. Mayor singularidad aún: estando fuera de todas las escuelas y tradiciones artísticas, al mismo tiempo las comprende todas. Si bien se examina, la Santa Imagen de Nuestra Señora de Gua-

dalupe, tiene algo de las antiguas imágenes griegas y orientales, de las primitivas pinturas latinas, de las imágenes de la Edad Media y europeas de los últimos siglos, de las pinturas egipcias y las aztecas. ¿A qué artista humano le es dado adunar en una obra suya, todas las escuelas artísticas del mundo en todos los siglos con una originalidad suprema de creación y composición? No efectuarlo, sino sólo el pensarlo está evidentemente fuera de las lindes de todo poder humano.

«Estas aseveraciones no pueden ser probadas de la manera común que otras verdades, porque como son impresiones que residen en el alma, no son susceptibles de demostración externa; pero basta contemplar la santa imagen, para sentir su verdad en el fondo del corazón.»

La superioridad del Sr. Cuevas en las concepciones críticas del arte pictórico, es admirable y de dar gozo, por tan bien aprovechada en favor y para espléndido triunfo de nuestra causa. Él sabe estimar y perfeccionar, como ninguno, los periciales conceptos de los tres grandes maestros Cabrera, Ibarra y Vallejo, con que demuestran que no por su devoción sino por su mucho talento artístico, proclaman que la Guadalupana no es obra de los hombres (ni menos de indios ni de españoles de 1531 en México ni parte alguna del mundo).

De Cabrera sabe hacer valer, añadiendo nuevas reflexiones, que la falta de aparejo en la pintura y á la vez los cuatro géneros de *aguazo*, al *oleo*, al *temple* y *labrado al temple*, no son para acabar bien ni aún para comenzar sin éxito ridículo, un trabajo como el de la Guadalupana.

De Ibarra sabe resumir su elevado concepto, y es que nada le persuadía tanto el milagro de la obra, como la inimitable perfección de ella, es decir, *su dulzura, su modestia, su unción, los sentimientos con que conmueve y las virtudes que inspira.*»

De Vallejo dice nuestro apologista el Sr. Cuevas,

que á juicio de este eminente artista, la razón más poderosa para persuadirlo del maravilloso origen de la Santa Imagen, además de la falta absoluta de aparejo y de los cuatro géneros de pintar usados á la vez, que tanto asombraban á Cabrera, y además de la perfección artística de la Santa Imagen que tanto admiraba Ibarra, era esa perfección obtenida no sólo sin el empleo sino contrariando abiertamente las reglas más fundamentales del arte mismo. «Lo que á mí me arrebató más la atención, decía Vallejo, es el dorado y perfiles negros que rodean la fimbria de la vestidura de la Señora.» «El poderoso argumento de Don Antonio Vallejo, dice nuestro apologista, adquiere mayor fuerza si se atiende á la inexplicable manera con que algunos de esos perfiles se miran ejecutados, según lo advirtió el maestro Cabrera.» «En la labor de la túnica—dice éste—advertí un rarísimo primor: este consiste en que está perfilada por el contorno y dintorno, cosa que hallo por imposible que ningún hombre hiciera, porque es perfil como del grueso de un pelo poco más, y es tan igual y con tal aseo y primor, que sólo acercándose se percibe: por cuya dificultad é imposibilidad de ejecutarlo en el modo que se ve, discurro que se ha omitido en las imágenes que se han hecho y se hacen: al menos yo hasta ahora no he visto ni oído que se haya practicado.»

También supera nuestro Cuevas en esta otra original observación suya:

«La Santa Imagen . . . . . cuenta ya 356 años (agreguense hoy otros 8) y, sin embargo, no han producido en ella sus naturales efectos, tantos y tan poderosos elementos de destrucción. No se entienda por ello que no se ha envejecido, pues por el contrario y sin que sea una contradicción, se ve que está nueva al mismo tiempo que es muy vieja, como ciertas naturalezas humanas vivificadas por la virtud, que envejecen en sanidad y frescura.» . . . . . «La extraña vejez que se le observa no ha hecho perder á la Santa Imagen el dibujo ni

la frescura de los colores, ha comprobado que el lienzo no tiene aparejo alguno y revela singularísimos caracteres de los cuales el más inexplicable consiste en que no caduca por grados y en su conjunto como cualquiera otra pintura, sino que en algunas partes sin que se pierda el dibujo no hay materia colorante.»

Por fin, la última palabra de Cabrera la hace resaltar con maestría victoriosa nuestro Cuevas. (144.) «A Don Miguel Cabrera, el más egregio de cuantos pintores ha habido en México por su piedad y su genio, correspondíale pronunciar la última palabra. «Es el dibujo de la Santa Imagen—dice—tan singular y tan perfectamente acabado y tan manifestamente maravilloso, que tengo por muy cierto que cualquiera que tenga algunos principios del arte de la pintura, se difundirá en expresiones con que dará á conocer por milagroso este portento . . . . . es tal su primor que se levanta mucho más allá de la más sutil destreza del arte» . . . . . «No tiene contorno ni dintorno que no sea un milagro, como que está latiendo en este admirable dibujo la soberanía de su autor.»

El Viejo Sargento que esto escribe, nada valiente, pero que humildemente pide á Dios y á la Guadalupeana que más bien ahorcasen al expresado Sargento por valiente que por cobarde, desea se dé la gloria á quien se debe, y caiga quien cayere; la gloria de que se trata es la siguiente página muy reaccionaria, muy patriótica, muy verdadera, muy digna del Bayardo mexicano. El padre de este Sargento—no es por demás lo sepa nuestro amadísimo pueblo—anduvo en la insurrección de la Independencia con el gran Morelos; díganme si nó, cuánto no le agradará la página del Sr. Lic. Cuevas, nuestro Bayardo mexicano, que vamos á copiar, y ya me contestarán si no lo merece. (Pág. 164.)

«Los laureles de Cortés y de Iturbide, están muy empapados en sangre. Morelos fué el verdadero pensamien-civil y militar de la Independencia. Osollo brilló apenas

un momento; pero fúlgido y deslumbrador como un meteoro. De cuantos hombres han empuñado espada, en toda nuestra historia, ninguno se destaca, aunque sin ilustración, con más levantado pensamiento y más noble corazón que Mejía. La más bella y arrogante figura militar será siempre la de Miramón. Con la rapidez del rayo, un talento militar que iluminaba aun los más desconocidos senderos de la victoria, y un valor indomable y heróico hasta la epopeya, superó al Aquiles homérico y fué como su tiempo lo llamó un verdadero Macabeo. El gran Morelos creía en la Santísima Virgen de Guadalupe. Osollo, la última vez que salió de México para San Luis Potosí, presintiendo tal vez su muerte, no quiso partir sin despedirse de la Santísima Virgen, en cuyo Santuario se le vió postrado orando con humilde recogimiento. Miramón le puso el dulce nombre de Guadalupe, á la última de sus hijas, en quien la desgracia le hizo concentrar sus más hondas ternuras paternas; y Mejía, el bueno, el heróico hasta la sublimidad, la invocaba siempre con la férvida y lacrimosa fe del indio.»

No soy fanático (verdadero), ni nunca lo fuí; (soy sí muy fanático en el lenguaje liberal, porque quiero ser ferviente católico); soy tan fácil de corazón para dar un abrazo á un liberal de buena fe, como á un carlista de buena fe; pero yo creo y profeso que sería un cobarde aquel católico mexicano, que no profesase admiración y asentimiento á esa hermosísima página de nuestro Bayardo mexicano. ¡Cuántos buenos liberales mexicanos, cuántos realistas y regalistas no leerán con enternecimiento ese merecidísimo tributo de nuestro caballeroso compatriota, á esos héroes vencidos, sí, pero verdaderamente gloriosos, no por acuerdos de logías ó de clubs, sino de todo admirador de la verdadera grandeza y gloria!

Hace, pues, muy bien el Sr. Cuevas en elogiar por guadalupanos y en probar con eso la verdad guadalu-

pana, á esos héroes tan grandes y verdaderos como menospreciados ó desconocidos por los enemigos de nuestra verdadera religión.

Demos fin á este capítulo. Nuestro apologista el Sr. Cuevas merece bien de nuestra santa causa, que es toda verdad, belleza, y belleza no sólo ya de idilio sino de epopeya. Esta «Arca de la Alianza» mexicana, digna era de contar con sus «Macabeos,» y quien les dedica tan merecidas honras es muy noble israelita. No es el Sr. Cuevas de los menores y sí en algunos puntos de los superiores, entre los dichosos apologistas de la última veintena, veintena dichosa que celebramos, que cantamos, que glorificamos.

## CAPÍTULO XV.

*El Dr. de la Rosa, benemérito jalisciense, devotísimo de la Santa Iglesia, de la Santísima Virgen de Guadalupe y de la Patria mexicana.—Levantada empresa.—La apología de la Guadalupeana en latín y en precisa forma escolástica para ser leída en Roma y en todo el orbe.—Texto en azteca.—Traducción de Becerra Tanco en latín.—El argumento de la propia Pintura.—La «Maravilla Americana.»—Su alta importancia en el sabio juicio del Doctor jalisciense.—Los cantares comprobantes de la tradición Guadalupeana.—Sabias reflexiones.*

**S**ON de tanto mérito y excelencia los apologistas guadalupanos por nuestra Reina suscitados en esta bienhadada veintena, que no puede darse absoluta superioridad de alguno sobre los otros; pues no hay uno que bajo cierto aspecto no supere á los demás, no pareciendo sino que nuestra amada Reina, nuestra amorosa Madre, concedora de la buena voluntad de todos ellos, ha dispensádoles la inspiración y la materia de su empresa apologética diversa una de la otra, original cada una para con otra, pero

todas concertadas al único y fraternal total efecto: la glorificación de la Reina y Madre nuestra Sacratísima, y por Ella y por su Hijo Jesucristo Dios, la de nuestro Padre celestial el Dios único y verdadero.

El Dr. D. Agustín de la Rosa, benemérito jalisciense, devotísimo de la Santa Iglesia, de la Santísima Virgen de Guadalupe y de la Patria mexicana, es uno de esos apologistas á que nos referimos. Varón consumado en doctrina y ciencia, de un talento clarísimo y de una sencillez de alma que tanto enaltece á los sabios católicos y, permítasenos agregar, templada el alma de ese varón en el fuego de esa patria jalisciense que es de lo más florido de la Patria mexicana, la tarea que la Reina le asignara por mandato de nuestro amadísimo guadalupano el Sr. Arzobispo Loza, la ha desempeñado á maravilla. Ha sido su tarea escribir un tratado clásico, en estilo de la gran escuela escolástica, de robusta y verdadera filosofía, de sobria argumentación, habiendo de tener por lectores no sólo á México, España y Países sud-americanos, sino á Roma y á la cristiandad toda; porque ese trabajo se ha hecho en la lengua de Cicerón y San Agustín, en el universal idioma latino, para facilitar á la excelsa Corte del Sucesor de Pedro, del Vicario de Jesucristo, la lectura, el pleno conocimiento de una verdad tan grande como es la de ese Milagro, semejante al cual no ha hecho Dios para ninguna otra Nación.

Figurémonos á Santo Tomás de Aquino, que hubiese nacido en México, vivo en la actualidad y escribiendo la apología de la Virgen del Tepeyac para ser presentada á Leon XIII; semejante á eso es el efecto que produce la lectura de la disertación del Dr. de la Rosa en elegante latín.

Ese libro es clásico, lo hemos dicho; todo vigor filosófico; todo vigor teológico. La verdad Guadalupeana se establece en él con tanta claridad, como la de las conclusiones que toma á su cargo en su «Suma,» Santo Tomás de Aquino.